



Hay que enderezar la futura hoja de la espada. A golpes de martillo, precisión y fuerza, la tira rudimentaria de acero queda a punto para la forja.



Derecha: La lámina de acero se corta a la medida. ¿Quién pensaría, viendo el material ennegrecido, en la brillante hoja en que se convertirá?

ESPADEROS Y DAMASQUINADORES EN TOLEDO

Por JOSE ANTONIO DE VILLAJOS
Fotografías: BASABE

HAY dos ruidos inconfundibles que caracterizan a Toledo. Al viajero recién llegado a la ciudad somnolienta que recorre en las primeras horas de la tarde de un día cualquiera sus calles abrumadas de sol y de historia, le es imposible distraer la atención de los dos sonidos que en uno y otro barrio y en cualquier calleja semidormida le asaltarán. Es uno el «taptap» persistente de los damasquinadores. El otro, más que un ruido, es un rumor. Más que un sonido, un murmullo, una cantilena ahogada entre piedras, la canción del Tajo que abraza la roca. Desde cualquier plaza un poco silenciosa—¿y qué plaza no hay en Toledo que no lo sea?—puede percibirse el sordo rodar del río.

A estos dos recuerdos auditivos se une otro visual, que desde el primer momento, nada más llegar a la antigua plaza del Zocodover, asalta al forastero. Este es la visión de las espadas en los escaparates de las tiendas típicas toledanas. Espadas nobles como la de Boabdil o la de Isabel la Católica, reproducidas en mil tamaños; puñales brillantes, pesadas dagas o moriscas gumías.

Y las causas que producen estos recuerdos están unidas. Sin las aguas del Tajo, imposible conseguir ese temple único de las armas toledanas. Sin el

«taptap» del damasquinador, difícil obtener las maravillas de los aceros enjovados con hilo de oro.

De antiguo le viene a Toledo la tradición espadera. Ya en el siglo II de nuestra era llegaba a Roma la fama de sus armas y los legionarios romanos buscaban codiciosos apropiarse de las espadas de dos filos que salvajemente manejaban los bravos iberos.

Durante siglos se ha mantenido inmutable la reputación de los artesanos. Pero este gremio de espaderos, un tiempo numeroso y bien avenido, atravesó una época—principios del siglo, tiempo de desidia y abandono—en que estuvo a punto de desaparecer. Actualmente vuelve a cobrar nuevo vigor la tradición y, una vez más, continúan saliendo de las fraguas las hojas duras y bien templadas. Alguno más de media docena de espaderos existen en Toledo. Y de ellos el decano es Vicente Bermejo.

VICENTE BERMEJO, ESPADERO

Vicente es viejo y menudo. Tiene los ojillos grises o azulados y los guiña desesperadamente, como queriendo sustraer la mirada a Dios sabe

En la fragua la hoja adquiere «color de hígado», el indicado para tomar el temple. El obrero acciona convenientemente el gran fuelle que aviva el fuego.





Todavía otra operación para asegurar el perfecto templado: pasar por la hoja un cuero empapado en aceite. Es una especialidad del señor Bermejo.



La cascada de chispas desprendidas del acero va asegurando los filos. Hace falta un buen operario, seguridad y tacto para que el trabajo no se malogre.

← A la izquierda: El temple. Aceite y agua. Agua del Tajo, que hace «dar varios tajos a las espadas».





Ahora ya está la «tizona» concluída. Hoja, cazoleta, arco y empuñadura se ensamblan y constituyen el arma, orgullo de la espadería toledana.

Un trabajo delicado: la preparación de la cazoleta.



qué reflejos. Salpica la conversación con un «¿Comprende?» a modo de muletilla, que más quiere decir «¿Me expreso bien?» que duda sobre la capacidad de comprensión de su oyente. Vicente Bermejo lleva años, muchos años, trabajando el acero.

—Desde los catorce, ¿sabe? Yo entré a trabajar en la fábrica de los Garrido como aprendiz. Y ahora tengo setenta y dos.

Pero entre una y otra edad, de catorce a setenta y dos, son cincuenta y ocho años; hay un largo paréntesis de vicisitudes, de trabajo, de angustias económicas y, por fin, de triunfo. Cuando estalló la primera guerra mundial, nuestro hombre, como el resto de los obreros, fué despedido de la fábrica en que trabajaba. Las fronteras estaban cerradas y no había salida para las piezas. Y Bermejo, incapaz de hacer otra cosa que espadas, se estableció por su cuenta. Arriesgadamente. Era el único en la ciudad. Tenía que salir a los puertos a ofrecer su trabajo admirable. Sólo tenía con él un aprendiz... y casi le sobraba. Ahora tiene veintiocho oficiales.

El viejo Vicente sigue utilizando los mismos procedimientos que hace siglos. Apenas si ha habido cambios en el arte de la fabricación de espadas. El no quiere saber nada de nuevos métodos de laboratorio, analizando los aceros empleados y el calor adecuado a cada uno para mejor templar.

—Nosotros lo calculamos ya por la costumbre. Cuando el acero sale de la fragua en disposición para ser sumergido en el aceite, se le pone color de hígado. Primero probamos con un trocito de metal y luego lo hacemos con la pieza. Yo puedo saber, sólo con el tacto, si el trabajo está bien hecho.

Sólo con el tacto. Cincuenta y ocho años dedicado a su oficio artesano bien pueden darle la cátedra.

El taller está ennegrecido por el humo de la gran fragua, fuelle que acciona el mancebo. Tres, cuatro yunques, reciben las hojas al rojo, que los oficiales golpean rítmicamente. ¡Clin, clan! ¡Clin, clan!

—¿Por qué no quiere utilizar otros procedimientos más modernos?

—¿Para qué? No es necesario. Las espadas que salen de este taller son tan buenas como las mejores. En aquel cacharro hay agua del Tajo para sumergirlas en el momento de dar el temple. Y usted ya sabe:

*Con agua del Tajo templada
dan varios tajos las armas.*

Estos son leyendas que se escriben en las hojas de las espadas. Vicente sabe más:

*No me saques sin razón
ni me envaines sin honor.*

*Cuando esta víbora pica
no hay remedio en la botica.*

Y más y más.

—¿De dónde las saca usted? ¿Se las inventa? Se pone serio.

—Esto no puede inventarse. Yo lo sé... porque sí... de toda la vida.

Toda la vida para Bermejo son sus cincuenta y ocho años de fragua. Para él no hay otra cosa. Desconoce la importancia que en los siglos XVI y XVII alcanzó el gremio de espaderos toledanos, que gozaban de privilegios reales y franquicias. No sabe que una calle de Toledo, la de las Armas, se llama así porque en aquella época todos los armeros, o al menos los más importantes, estaban concentrados en ella. Había entonces más del medio centenar y cada uno tenía sus partidarios. Todos ponían su marca, como firma de garantía, en las espadas que forjaban. Sobre las pàredes colgaban las afiladas hojas, plantillas de acero, puntas de lanza, espuelas... Y las fraguas, y los yunques, y las piedras de amolar. Tres, cuatro o cinco siglos que Bermejo resuelve y concentra en sus cincuenta y ocho años de oficio. Cincuenta y ocho años. Esa es toda la vida para el viejo Vicente. ¿Y para qué más? Su taller no difiere en nada del de cualquier otro de hace trescientos años. Del de Nicolás de Hontuño, o el de Juan Martínez, o el de Antonio Ruiz, que obtuvieron el título precioso de «espadero del rey». Aquellos bizarros artesanos se pasaban el oficio tradicionalmente de padres a hijos. Y la gente los conocía, para diferenciarlos, agregando al nombre el apelativo de «el Viejo» o «el Mozo». Alonso de Sahagún «el Viejo», Alonso de Sahagún «el Mozo». Y Giuseppe de la Hera, que fundó una familia de artesanos espaderos mantenida hasta los bisnietos. De esto no sabe nada Bermejo. Pero conoce mejor que nadie su trabajo. Sabe bien que para afilar la hoja se precisa un buen obrero, porque la espada podría calentarse y el temple se perdería.

Cuando le pregunto si le gusta que su único hijo continúe en el oficio, me mira sorprendido.

—¿Cómo no me va a gustar? Piense que toda mi vida he trabajado en ello. Mi juventud, mi madurez y...—la conjunción queda colgada en el asidero de los puntos suspensivos; el señor Vicente se resiste a llamarse «viejo», he estado dedicado exclusivamente a la espadería. Este taller lo he levantado yo con mi esfuerzo.

Subimos a una pequeña sala, donde, en una vitrina, se muestra una colección completa de espadas. Allí están, reproducidas a tamaño natural, la de Isabel la Católica, la de Boabdil, una serie de dagas y un tipo de espada del siglo XVIII, de hoja fina y cazoleta amplia protegiendo el puño, un tipo de espada al que caprichosa y anacrónicamente denominan «tizona».

Le alabo la pequeña colección. Bermejo me habla de la que posee la Fábrica Nacional de Armas. Aquella sí es una colección completa. Un verdadero museo, en el que están recogidas copias de las espadas de muchos célebres guerreros y monarcas.

—Y todas de tamaño na- (Pasa a la pág. 53.)

Y ahora el grabado. El artista va dibujando, diríamos amorosamente, con un finísimo pincel mojado en barniz, sobre la hoja, las filigranas, sierpres, ojivas o figuras geométricas que hacen una joya del arma.

